

Entre pestilencias, juguetes y frioleras-Escenas de lectura en la prensa novohispana de comienzos del siglo XIX

por Mariana Rosetti
(Universidad de Buenos Aires/ CONICET)

RESUMEN

A través del análisis de distintas polémicas suscitadas en cartas, folletos y números de periódicos del *Diario de México* (1805-1817), *El Juguetillo* (1812), *El Pensador Mexicano* (1812-1814) y *La Alacena de Frioleras* (1815), el presente trabajo se propone indagar sobre la construcción de la figura del lector ilustrado en las postrimerías del sistema colonial español en Nueva España. El modelo de lector ilustrado socava y se escinde del modelo de lector colonial al transformarse en árbitro de la contienda (Martínez Luna 2011) de las distintas polémicas letradas que se suceden en la prensa como vehículo de formación cultural y ciudadana (Guerra 1992, Lempérière 1998).

LECTOR ILUSTRADO – NUEVA ESPAÑA – POLÉMICAS LETRADAS – DIARIO DE MÉXICO

Introducción

En su libro *La dorada garra de la lectura*, Susana Zanetti considera: “[L]as lecturas son siempre históricas y en ellas, además, pretenden guiar su recepción *protocolos de lectura* que acomodan los textos según las formaciones de lectores que se busca alcanzar, mediante operaciones al editor y más allá de los mismos autores” (2005: 25). Esta concepción negociada de la lectura, que excede por momentos los límites impuestos tanto por el autor como por el editor, nos permite abordar la particular configuración de un lector ilustrado que promovieron ciertas producciones de la prensa novohispana de comienzos del siglo XIX. Hacemos dialogar a esta perspectiva crítica con los estudios de François Guerra (1992, 1999), Annick Lempérière (1998, 2008) y Virginia Guedea (2005) quienes analizan en los periódicos novohispanos de las primeras décadas del siglo XIX la articulación que se presentó entre su condición colonial y la transformación ilustrada de las prácticas de lectura, los hábitos de información y, en consecuencia, de la función social de la publicidad. En palabras de Guedea, se constituyó una nueva forma de comunicación “que daría origen a un nuevo espacio público donde discutir y analizar temáticas no sólo políticas sino de toda índole” (2005: 42).

Nos interesa estudiar la materialidad polémica sobre la cual se articulan los periódicos novohispanos, materialidad que habilita observar a la figura del lector como juez y parte que actualiza y se apropia de la escritura al hacerla experiencia sensorial, vestimenta y guía de sus pasos a través de los distintos espacios de sociabilidad novohispana. En los periódicos de la época, la lectura devino un ejercicio complejo ya que implicó la negociación de ciertos conceptos como fueron los de *civilización* y *sociabilidad*, conceptos que estaban, en el caso del *Diario de México* (1805-1817) o la *Alacena de Frioleras* (1815-1816), como telón de fondo de discusiones culturales referidas al buen gusto y al arte poética.

Existen momentos históricos y políticos ineludibles como fueron la invasión de Napoleón a España y posterior usurpación del poder en 1808 y la promulgación de la Constitución de Cádiz en marzo de 1812 con la implementación, aunque efímera, de la libertad de prensa en Nueva España en septiembre de 1812. Nuestro análisis considera estos hechos históricos, pero los hace dialogar con un proceso de transformación de la lectura que se venía planteando en Nueva España desde el año 1805 en el *Diario de México* y que repercutió en las distintas publicaciones periódicas de años

posteriores. El primer número de este cotidiano sostiene: “[...] [N]o es tiempo de disculpas. No faltarán motivos, por la naturaleza del papel, por la diversidad de gustos, y porque *somos una miseria* [...] Miren Vms. en nuestro almacén hay un surtido regular de todos géneros, porque es preciso que haya para todos telas y fábulas” (*Diario de México*, 1 de octubre de 1805: 1 y 2, énfasis nuestro). A lo largo de los distintos números de este cotidiano, se concibe la construcción de una mirada crítica sobre el presente que requiere de la colaboración de los lectores (Martínez Luna 2010: 22) para enriquecer la *miseria* de lo que el diario presenta, entendiendo la pobreza como la escritura que no obtiene respuestas del público. A su vez, la escritura es presentada como un almacén en el cual prevalece la variedad como dispositivo necesario para conseguir ventas. Así vemos cómo desde el primer número de este cotidiano se piensa a la literatura como un material flexible, elástico, que busca generar la participación del lector, ya sea a través de sus opiniones como de su compra y posterior uso.

El fragmento elegido estipula dos ejes para analizar la problemática configuración del lector ilustrado a comienzos del siglo XIX en Nueva España. Estos ejes contemplan la conformación de una lectura colaborativa y el uso que se hace de ella como guía para recorrer y sociabilizar en la ciudad de México. Las dos características señaladas constituyen el discurso periodístico presente en el *Diario de México* (1805-1817); *El Pensador Mexicano* (1812-1814); el *juguetillo* (1812); *Alacena de Frioleras* (1815-1816), entre otras publicaciones. Todas estas producciones hicieron visible la necesidad de acercar la escritura al público al concebirla como herramienta a ser usada por el lector para conseguir determinados objetivos tanto simbólicos (formar parte de una comunidad letrada), como materiales (recorrer la ciudad de México, construir una capacidad crítica capaz de entablar vínculos utilitarios con los demás). Estos periódicos moldearon el ejercicio de lectura ilustrada como la instancia mediante la cual se habilitó una participación letrada alternativa con respecto la *ciudad letrada* configurando comunidades lectoras que reflexionaron y cuestionaron ciertos hábitos y costumbres instaladas por el sistema colonial. A su vez, estas dos características implicaron desplazamientos tanto temporales como espaciales en relación con el tipo de lectura informativa, jerárquica y monolítica que planteaba la *Gazeta de México* (1784-1809), periódico oficial a comienzos del siglo XIX.

La asamblea pública, la fauna letrada y el *detritus*

Hay por esos desvanes/ quien se cree sabio poeta/
porque enseña a los niños/ deletrear p-o-po-e-t-a-ta
“Friolerita”, *Diario de México*
Jueves 14 de noviembre de 1805

Los estudios de Ruth Wold (1970), Esther Martínez Luna (2005, 2009 y 2011) y Leonardo Martínez Carrizales (2005) hacen hincapié en el aspecto comunitario que entabla el *Diario de México* en su primera época (1805-1812). Desde sus inicios en octubre de 1805, el Diario se presenta como palestra de las distintas controversias letradas en torno a cómo debe escribir un poeta y, sobre todo, cómo debe evaluar un crítico literario. Al respecto, Martínez Luna comenta que el periódico abrió las puertas de la creación literaria para todo aquél que se encontrara interesado en publicar sus producciones en el cotidiano al habilitar buzones en distintos sitios de la ciudad de México (2009: 23). Este periódico consideró a la escritura literaria de forma dialógica al permitir los comentarios de los distintos lectores-suscriptores:

¿Qué no sabe este *bonus vir* [...] que si en el Diario se consienten producciones menos que medianas no es por falta de conocimiento de los señores censores y diarista [...], sino para que algunos ingenuos que empiezan a hacer sus ensayos se apliquen,

enmienden sus defectos, y después se vean con notables progresos, como ha sucedido en muchos? (Martínez Luna 2010: 218).

Este sistema de producción letrada se piensa como una alternativa racional para combatir la “peste de los poetas” que circulaba a comienzos del siglo XIX por la ciudad mexicana y que posee su momento de mayor propagación por los años de 1812 y 1813. Desde los distintos números del *Diario*, se aclara la necesidad de combatir esta pandemia literaria a través de la pedagogía y de la discusión, criticando y ridiculizando las posturas extremistas que optaban por el silenciamiento y censura de los malos poetas. Esta pedagogía ilustrada se prefigura mucho antes de la configuración formal de la Arcadia Mexicana, grupo letrado que se manifiesta en el número 930 del 16 de abril de 1808 e invita a los “lectores-poetas” a sumarse a sus filas (Martínez Luna 2009:73-74). El grupo letrado apostó a una producción y una crítica literarias neoclásicas que propiciaron aristas nuevas en relación a la circulación del saber y de los vínculos letrados dentro de Nueva España. Nos parece interesante rescatar que su conformación formal se vio antecedida y sostenida por ríspidas polémicas letradas que problematizaron la escritura poética al ligarla con una conciencia novohispana criticada por la figura de un transeúnte o extranjero. Es decir, a pocos días de iniciarse su publicación, el *Diario* publicó dos polémicas casi simultáneas que estructurarían la forma mediante la cual se construiría una asamblea pública lectora capaz de dirimir sobre la manera correcta de escribir y evaluar a la literatura y, a través de ella, el buen gusto ciudadano. Nos referimos a las polémicas “Literatura” del 19 de octubre de 1805 y “Compadeczo” del 23 de octubre del respectivo año. En ambas, un lector extranjero plantea fuertes críticas sobre la forma de producir y concebir la literatura en Nueva España. En ambos casos, las posturas de los lectores críticos plantean soluciones utilitarias o melancólicas que en nada coinciden con el camino reformista construido por el cotidiano. En el caso de la polémica “Literatura” suscitada por la carta del Melancólico, este extranjero plantea la necesidad de modificar la escritura solemne de los monumentos públicos al idioma castellano, en vez del latín en el que están escritas, para que entienda el vulgo, concentrando su mirada sobre el Seminario de Minería de la calle San Andrés (74)¹. Según su perspectiva utilitaria, se debe honrar a Velázquez de León, hombre que dio el dinero necesario para construir el monumento, con un cenotafio capaz de ser entendido por los carboneros. “¿Pues estamos en Roma?...No por cierto, mas es tal la preocupación general, que nadie se atreve a hacer este género de composiciones sino en latín” (77).

La contestación del Sr. Diarista, llegaría el 3 de noviembre de 1805 en el número 34 del cotidiano y constaría de una explicación del uso público del latín ligado a un derecho de toda comunidad latina y concebido como indispensable para coronar a un monumento urbano:

Pues el pueblo romano del día (respondo yo) ¿habla en *latín*? Tan hijos son de la lengua latina la castellana y la francesa como la italiana: y tanto *latín* entienden los carboneros de Roma como los de París, y Madrid. ¿Por qué pues solo en Roma han de estar las inscripciones latinas? [...] No, amigo: ni el vulgo, ni otro alguno del pueblo existente necesita de letreros para saber el destino del edificio, que vio levantar, y que ya ve concluido y destinado [...] las inscripciones públicas tienen otro objeto más grande: eternizar la memoria del edificio la gratitud del que lo dedica, y el nombre del héroe, a quien se consagró, o cuyo elogio se inscribe (133-134)

¹ Melancólico, “Literatura”, *Diario de México*, Tomo I, N°19, sábado 19 de octubre de 1805, 74-76. Agradecemos la observación de Esther Martínez Luna quien identifica a Carlos María de Bustamante tras el mote del “Melancólico”. A los objetivos de esta ponencia, concebimos la cualidad de extranjería como un dispositivo de enunciación que habilita a cuestionar las costumbres sociales y culturales de la ciudad novohispana al tomar distancia de ellas.

La corrección del diarista caracteriza al Melancólico como ave nocturna “que nada tiene de cisne; y que de búho solo tiene los ojos hundidos [...]; pero que yo le veo también los cuernos, que los maneja con destreza a uno y a otro lado” (133). Esta descripción ya había sido planteada por el Melancólico quien se consideraba un búho en comparación de los artificiales cisnes escolásticos que no poseen ninguna vinculación con la vida ciudadana. Cual hábil polemista, el Sr. diarista retoma la presentación del forastero y la transforma en un *locus* de enunciación perverso y oscuro, propio de un mal crítico que no ve más que oscuridad.

Esta analogía entre el forastero como ave nocturna, rapaz y traicionera, se reiteró en la polémica “Compadezco” (Martínez Luna 2010: 115-119). La contienda verbal se inicia con una carta que envía al cotidiano un extranjero que visita la ciudad de México. La misiva se construye como una letanía religiosa mediante la cual el Sr. Compasivo destaca en un primer momento la labor fútil y esforzada del sr. editor y de los distintos miembros asiduos del cotidiano que se ven opacados por los escritos grotescos de los malos poetas:

Compadezco a usted, sr. editor, por el empeño que ha tomado en ilustrar este continente americano: le compadezco por las dificultades que ha tenido que vencer; con el tiempo que le harán perder con las insulseces y desvergüenzas que echan en las cajas [...] Compadezco la cortedad de conocimientos y la ineptitud de los principios de J.M.C. lo califico de ingenuo por lo que en su soneto dice, y hablándole con la misma franqueza le aconsejo no nos hable ni en prosa, ni en verso, ni dé a luz otra cosita antes de leer las oraciones de Cicerón, y hacer un viaje al Parnaso para conocer a las musas y beber en la Fuente Castalia (115-117).

Como era de esperarse, esta carta es refutada a través de un poema escrito por Francisco Sánchez de Tagle, poeta y lector colaborador del cotidiano. El poema se titula “El sol y las aves nocturnas” y se publica en el diario a pocos días de la carta del Compasivo. En dicho poema se liga el tono de lamento del Compasivo con una retórica maligna y animalésca, propia de las aves nocturnas, “avechuchos de esta guisa” (Martínez Luna 2010: 121) alejadas de la luz del buen gusto y la creación literaria, amparadas bajo la protección de Apolo.

La caracterización de ave nocturna se profundizará en la polémica “Crítica” suscitada en agosto de 1811 para concebir al mal poeta como *detritus*. Ramón Roca, letrado recientemente llegado a Nueva España, esgrime fuertes críticas sobre la desidia del Sr. diarista del cotidiano que permite que se propague la enfermedad contagiosa de los “poetastros”. Frente a la sugerencia de Roca de silenciar a todo poeta de medio pelo, distintos árcades lo conciben como “recogedor de la basura”: “Una R, cuyo signo está cifrado,/ tú Regenerador, tú Robespierre,/ tú Rábula, tú Roña, y si se apura,/ tú... tu Recogedor de la basura” (Martínez Luna 2010: 217). Esta polémica nos permite observar la profundización del mal crítico como *detritus* peligroso para la regeneración de la lectura planteada por el cotidiano.

La materialidad de la opinión pública La configuración del lector urbano

El que lo compra, lo hace suyo y cada uno hace de su capa un sayo, y buen provecho le haga y con su pan se lo coma

El Juguetón, 10 de noviembre de 1812

Las distintas publicaciones periódicas de las primeras décadas del siglo XIX se focalizaron en guiar y aconsejar al lector incipiente de prensa, perdido entre la maraña profusa de escritos polémicos que

se encierra sobre sí misma. Estos consejos solían ser precedidos por escenas de lectura laberínticas que desesperaban a la población novohispana:

En efecto, me puse a leer y más leer, ¿y qué resultó? Que me di una calentada de cabeza como si la hubiera metido en un horno; y después de muchas vueltas y revueltas, venimos a parar en que no entendí una palabra. Ya cojo un papel: ya lo largo y comienzo con otro: ya dejo este y vuelvo al primero [...] Todos escriben, todos imprimen, y todos venden lo que escriben [...] ¡Qué comerciantes! ¡Qué malditos! ¡Qué vendedores! (*Diario de México*, 4 de noviembre de 1812: 532).

Estos dichos pertenecen a un Ranchero, recién llegado a la ciudad de México y asediado por distintos jóvenes pregoneros que buscan la venta desesperada de los distintos papeles. El forastero compra todos los papeluchos con tal de no escuchar más esa gritería infernal. Sin embargo, tras el lamento, la queja y la maldición de la apertura desenfrenada de la prensa, este campesino continúa su lectura laberíntica y le pide al Sr. diarista que lo guíe en su comprensión de este material que poco tiene de claridad e información lineal. El fragmento citado se conecta con una nueva función de la prensa concebida como guía para los lectores para circular por la ciudad de México. Este ruego desesperado, producto de la libertad de prensa implementada en Nueva España a fines de 1812, posee su antecedente en el año de 1805. En ese año, el *Diario de México* trabaja en más de una ocasión la “ruidera inaguantable de los billeteros” que asedian a los transeúntes como un “manantial de zánganos” (“Lotería” 1805: 80) que consistía en el “incesante y penetrante pregón de muchachos que venden billetes de lotería y rifas y su continuo sometimiento a todo el mundo en todas partes y a toda hora” (“Cosas que incomodan en México” 1805: 51).

La similitud de ambos asedios visibiliza el desplazamiento y la apropiación que realizan los papeles públicos del lugar público urbano del juego y de la venta que tenían en la primera década del siglo XIX los juegos de azar. El accionar sigue siendo el mismo: la ciudad sigue jugando y los transeúntes continúan siendo invadidos por los pregones de venta. Lo que se ha modificado entre el año 1805 y el año 1812 fueron los intereses de consumo del público novohispano. La lectura pública pasó a ser considerada *jugueteo* o *friolera*, un aparente divertimento o almacén de baratijas, que encierra en su interior duras críticas a la cultura novohispana colonial. Como ejemplos de la compleja comercialización de la palabra pública, se destacan los periódicos el *Jugueteo* (1812) de Carlos María de Bustamante (1812) y *Alacena de Frioleras* (1815-1816) de José Joaquín Fernández de Lizardi. Ambos periódicos criticaron el uso banal y superficial del discurso literario y, por ello, los distintos números de sus producciones en nada coinciden con el pasatiempo divertido que sus títulos prometen. Por el contrario, materializan la importancia de la opinión pública como herramienta para concientizar a los lectores sobre distintos abusos de poder perpetrados sea por letrados defensores del líder militar Félix María de Calleja (*Jugueteo*, 8), o el egoísmo de los comerciantes y ricos de la ciudad de México que se desentienden de los problemas sociales y político que aquejaban a Nueva España (*Alacena de frioleras*, 107-113). Estos periodistas propiciaron un uso racional y estratégico de la palabra pública como guía y alimento para transitar por una ciudad asediada por las apariencias, los engaños y la venta de informaciones falaces.

Coda: La gran barata de papeles. El consumo de la opinión pública

En el número XVII de su periódico *La Alacena de Frioleras*, Lizardi pone a la venta todos los objetos que tenía abarrotados en su escritorio-taller. Así es que hace visibles y les coloca precio a aquellos objetos olvidados por la población novohispana. Su artículo “La gran barata de frioleras” metafórica el consumo desahogado de la opinión pública y plantea, a través del estilo mordaz característico de este letrado novohispano, las dificultades de venta de aquellas virtudes que

deberían acompañar la lectura de la producción monstruosa que asediaba a la ciudad. Tales son los casos de “conciencias elásticas para no hacerse la vida pesada a dos por ½ real”; “plumas para volar sin alas, a 3 pesos” o “espejuelos para leer algunos papeles con sentido diverso de aquél con que los escribieron sus autores, a 2 pesos”(100). Estos tres objetos condensan las virtudes de templanza y moderación que deberían tener todos aquellos lectores que desearan ser críticos. A su vez, estas frioleras plantean la problemática de la experiencia sensible que estipula la profusión de la prensa periódica a comienzos del siglo XIX, abundancia que invadió el espacio público de la ciudad de México y asedió el cuerpo de los lectores novohispanos que se convirtieron en mapas de consumo de esta fiebre de publicaciones y peste de poetas.

BIBLIOGRAFÍA

Barazábal, Mariano [El Moscón] (1811). “A modo de empezar y concluir que tiene la crítica del Núm[ero] 2132, suscrita por el S[eñor] R D[on] R[amón Roca]”, *Diario de México*, Tomo XV, N° 2138, sábado 10 de agosto, 162.

Bustamante, Carlos María (1986) [1812]. *Jugueteillo*, México DF, CONDUMEX.

Diario de México (1805). “Compadezco”, Tomo I, Números 23 y 24, 23 y 24 de octubre, 89-91 y 93-94, respectivamente.

Diario de México (1805). “Cosas que incomodan en México”, Tomo I, N° 13, domingo 13 de octubre, 51-52.

Diario de México (1805). “Friolerita”, *Diario de México*, Tomo I, Jueves 14 de noviembre, 185.

Diario de México (1805). “Lotero”, Tomo I, N° 20, domingo 20 de octubre, 79-80.

Diario de México (1805). “Presentación”, Tomo I, N° 1, 1 de octubre, 1 y 2.

Diario de México (1812). “El Ranchero preguntón”, Tomo XVII, N° 2591, 4 de noviembre, 531-532.

Diario de México Mostaza (1811). “Albricias, albricias”, Tomo XV, N° 2139, domingo 11 de agosto, 167-168.

El Jugueteón (1812), “Papel flamante, que se presenta con visos de periódico saltuario. Escríbelo su autor, imprímelo el impresor: y lo publican los muchachos, Oficina de Mariano Ontiveros.

Fernández de Lizardi, Joaquín (1970) [1815-1816]. *Alacena de frioleras, en Obras IV- periódicos*, Palazón Mayoral, María Rosa (recopilación, edición y notas), México, UNAM.

Guedea, Virginia (2005). “Las publicaciones periódicas durante el proceso de independencia (1808-1821)”. *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico, Volumen II- Publicaciones periódicas y otros impresos*, Clark de Lara, Belem y Elisa Speckman Guerra (Eds.), México, UNAM, 29-42.

Guerra, Francois-Xavier (1992). *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Colección Relaciones entre España y América, México, Fondo De Cultura Económica/MAPFRE.

Guerra, Francois-Xavier (1999). “El soberano y su reino. Reflexiones sobre la génesis del ciudadano en América Latina.” En *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, Sabato, Hilda (Coord.). México, Fideicomiso Historia de las Américas/FCE, 33-61.

Lempériere, Annick (1998). “República y publicidad a finales del Antiguo Régimen (Nueva España).” En *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, Guerra, François-Xavier, Annick Lempériere, et al., México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/FCE, 54-79.

Lempériere, Annick (2008). “Los hombres de letras hispanoamericanos y el proceso de secularización (1800-1850)” en *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo I-La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Altamirano, Carlos (Dir.), Buenos Aires, Editorial Katz, 242-266.

Martínez Carrizales, Leonardo (2005). “Comunidad retórica” y “república literaria” en el *Diario de México*, *Bicentenario del Diario de México. Los albores de la cultura letrada (1805-2005)*, Martínez-Luna, Esther (Edit.), México, UNAM, 21-50.

Martínez Luna, Esther (2005). “No basta decir plagio. Es menester citar de dónde”. Los ladrones literarios en las páginas del *Diario de México*” en el *Bicentenario del Diario de México. Los albores de la cultura letrada (1805-2005)*, Martínez-Luna, Esther (Edit.), México, UNAM, 21-50.

Martínez Luna, Esther (2009). *A, B, C, Diario de México (1805-1812). Un acercamiento*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM, Colección de Bolsillo.

Martínez Luna, Esther (2011). *El debate literario en el Diario de México (1805-1812)*, México, UNAM.

Rodríguez del Castillo, José Mariano (1808). “Mis deseos. Rasgo poético, dedicado a Atanasio de Achoso”, *Diario de México* Tomo VIII, 16 de abril, 327.

Sánchez de Tagle, Francisco [Nicolás Fragcet] (1805). “El sol y las aves nocturnas”, *Diario de México*, Tomo I, N° 27, domingo 27 de octubre, 105-106.

Wold, Ruth (1970), *El Diario de México. Primer cotidiano de Nueva España*, Madrid, Editorial Gredos.

Zanetti, Susana (2002). “La trama de lectura y escritura en El lazarillo de ciegos caminantes de Alonso Carrió de la Vandera”. En *La dorada garra de la escritura. Lectores y lectoras de novela en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 19-59.